

EL TELAR DE LAS PALABRAS LIBRES

Treinta años de literatura argentina en democracia. Miles y miles de libros, reseñas, cátedras, entrevistas, talleres, presentaciones, solapas, gigantografías, banners y vernissages: la narratividad en estado puro. ¿Cómo dar cuenta de un corpus siempre en movimiento? ¿Cómo contar lo visto en estas últimas tres décadas en nuestro propio campo? Mostrar es el secreto de toda buena ficción. Así se evitan explicaciones que anulen la posibilidad de sentido colectivo. Mostrar lo ya visto como si lo viéramos ahora, sin ningún respeto por la sucesión de los hechos, aunque sí por una revelación proustiana: no hay nada menos cronológico que la vida.

A fines de agosto de 1980 en un terreno baldío de Sarandí un grupo de tareas quemó más de un millón y medio de libros de la editorial Centro Editor de América Latina. A principios de 2013 el Grupo Norma decidió, antes de cerrar su sede argentina, destruir un millón de libros que quedaron como stock excedente de la colección de ficción La Otra Orilla.

Entre una fogata y otra hemos visto a gran parte de la literatura argentina dejarse consumir en una suerte de hoguera de vanidades.

“El mejor Cortázar es un mal Borges” es el título de una entrevista a Aira que hemos visto en *Ñ* y que es la única que el escritor le ha dado a esa revista. Publicada en septiembre de 2004, la frase deja en evidencia un secreto a voces que es furor en el mundo literario: Cortázar pasa de sobrevalorado a subvalorado. Este año, al cumplirse el 50 aniversario de Rayuela, muchos escritores realizan malabares retóricos para no caer ni en el elogio hueco ni en la crítica snob. Los detractores lo acusan de haber armado una literatura un tanto pueril, ideal como experiencia iniciática, juvenil. También hemos visto a un sinfín de muchachos y muchachas (sobre todo muchachas) declarar: “leí Rayuela y me cambió la vida”. ¿Será por eso que los libros del mejor traductor de Poe del universo siguen siendo unos de los pocos longseller nacionales?

En 1996 hemos visto a Federico Andahaz obtener el premio “Joven Literatura” otorgado por la Fundación Amalia Lacroze de Fortabat. Amalita, disconforme con el fallo unánime del jurado que



premiaba una obra de contenido erótico, le otorga el cheque por los 15.000 dólares correspondientes a la máxima distinción pero la ceremonia de entrega de premios se suspende. Rápido de reflejos, Andahaz le vende sus derechos a Planeta, editorial que coloca una faja en los libros que dice: “la novela que Amalita de Fortabat quiso censurar”. Por su parte, el premio “Joven Literatura” pasa al olvido.

En 1983, y luego de que el manuscrito fuera rechazado por varias editoriales, hemos visto a Ediciones De la Flor publicar la novela *Los Pichiciegos*, de Fogwill. Pese a la calidad literaria, el libro, al menos durante esos años, no tiene la venta

esperada. El problema, según Fogwill, es la portada. Para Divinsky, el editor, es una tapa “más bien discreta: como los conscriptos en Malvinas sólo podían entrar en calor bebiendo licor Tres Plumas, que era una especie de brandy de mala calidad, el diseñador había hecho un motivo con plumas que no era para nada bélico”. En una nota, el mítico director de De la Flor también cuenta que “un día Fogwill apareció a los gritos en la editorial diciendo que ‘el libro no se vende por esa tapa de mierda’”.

Desde la década del ochenta hemos visto a los talleres literarios volverse una moda y una suerte de promesa de ruta a

la fama. Guillermo Sacomano promueve su taller como un buen "semillero" de premios literarios. Y los escritores, por lo general, suelen ser agradecidos con sus formadores: en las entrevistas cuentan con quién hicieron sus primeras armas narrativas. Acompañando este fenómeno, los suplementos y revistas literarias cada tres o cuatro años publican una nota donde la pregunta central es si escritor se nace o se hace.

La novela *El Pasado*, gana el Premio Herralde 2003. Hemos visto, cómo su autor, Alan Pauls, alcanza casi de inmediato otro galardón: ser el George Clooney de la literatura nacional.

En 1995, hemos visto a Osvaldo Soriano convertirse en el escritor mejor pago de la Argentina cuando la editorial Norma compra los derechos de sus libros publicados y las siguientes tres obras por 500 mil dólares. Esto no hace más que acrecentar el fastidio que genera la figura del "gordo" en los ámbitos académicos. En 2007, al cumplirse diez años de su muerte, el suplemento Radar es el territorio elegido para una batalla entre Beatriz Sarlo y Osvaldo Bayer. La dama de Punto de Vista escribe una nota donde desmiente que haya invitado a Soriano a dar una charla en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. La respuesta de Bayer es contundente: a Osvaldo lo desairaron por su falta de formación académica. En una suerte de reparación histórica, en 2013 la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Plata crea un premio de relatos con el nombre "Osvaldo Soriano".

Los dos tomos de *Novelas y Cuentos* de Osvaldo Lamborghini se publican en una edición argentina (Sudamericana) en 2003, muchos años más tarde que su primera edición aparecida en España bajo el sello Del Serbal (1986). La edición, "al cuidado de César Aira", revitaliza una figura que hasta entonces es más comentada que leída. En 2008 Mansalva publica una monumental biografía de más de 800 páginas (Osvaldo Lamborghini, una biografía, de Ricardo Strafacce). Así Lamborghini arriba finalmente al canon o mejor dicho al contracanon, ese espacio en el que se reconoce a escritores a contrapelo de la cultura mainstream.



A partir de 2002 hemos visto nacer una nueva categoría de PyME: las editoriales independientes. Con tiradas que, por lo general, alcanzan los 500 ejemplares estas editoriales suelen publicar novelas donde el suceso pierde terreno en manos de la astucia autoral: el narrador derrota a la historia. Artificios que con suerte sólo leen otros escritores. Las editoriales independientes se convierten en un espacio hegemónico de legitimación en el campo literario. Y los encuentros de lectura, presentaciones de libros, y brindis en los que resulta fundamental beber con moderación, los lugares clave donde conseguir capital simbólico.

En estos treinta años de democracia hemos visto a Cortázar morir en París (1984), en medio de la nostalgia y después de que el presidente Alfonsín se negara a recibirlo, y a Borges hacer lo propio en Ginebra (1986); otra paradoja argentina. Sábado en cambio escapa de su existencia maldita recién en 2011 y en su casa de Santos Lugares de toda la vida. El corazón de Lamborghini estalla en 1985 en Barcelona. En 1984, Mujica Láinez es buscado en su casona de Córdoba por la muerte que hablaba en francés y que había inmortalizado en *El hombrecito del azulejo*. Saer se despidió a lo lejos y ya empieza a hacer tiem-

po (París, 2005), un año después que Blaisten. En 2010 se apaga la máquina Fogwill. Y siete meses más tarde, la rabia de Viñas. Bioy Casares sobrevive a la Ocampo seis años, hasta que en el 99 dice basta. La muerte de Soriano conmueve a toda la comunidad periodística en el 97, del mismo modo que lo había hecho en el 95 la insólita de Briante al caerse de un techo. Tizón se funde en el barro tal vez hacia 2012. Mientras tanto, en 1994 muere Onetti, y en 2004, Levrero, a quienes incluimos en esta lista tan inacabada como arbitraria porque para los escritores de este lado del charco, son casi tan argentinos como Dios.

A fines de los 90 hemos visto nacer al Premio Clarín de Novela e instalarse como el espacio de consagración y línea de partida perfecta para una carrera literaria exitosa. Este premio y ser la novela del año para la revista *Ñ* resultan dos de los lugares más codiciados por quienes escribimos narrativa. Todos desconfiamos del multimedios monopólico como lugar de construcción del relato sociopolítico, pero a la hora de posicionarnos nos hacemos los distraídos. Por su parte, el diario *La Nación* interviene en el campo literario vernáculo con su propio Premio de Novela. Hasta que en 2006, el escándalo que se destapa a raíz de que Sergio Di Nucci lo gana con un plagio de



Desde la década del ochenta hemos visto a los talleres literarios volverse una moda y una suerte de promesa de ruta a la fama. Acompañando este fenómeno, los suplementos y revistas literarias cada tres o cuatro años publican una nota donde la pregunta central es si escritor se nace o se hace.

Nada, novela con la que la escritora española Carmen Laforet había ganado en 1944 el I Premio Nadal, y escándalo señalado por un joven de 19 años que acababa de leer la novela española y le escribió tímidamente al jurado al respecto, parece dar por tierra con los sueños canónicos de la familia Mitre: después de 2008 la convocatoria se esfuma misteriosamente.

1998 es el año elegido por la editorial Simurg para publicar *Los Soria* de Lai-seca. La primera tirada de 350 ejemplares se agota, gracias a que Piglia, Aira y Fogwill leen el original y difunden la obra. Son 1300 páginas y, según su autor, 30 mil palabras más que el *Ulises* de Joyce. En 2004 Gárgola Ediciones reedita la novela, esta vez con una tirada de 1.500 ejemplares. Aquella primera edición se consigue en Mercado Libre por 2.999 pesos. Cada cultura necesita un libro imposible.

En los últimos años de estos treinta hemos visto polémicas entre escritores, polémicas intestinas y crípticas para cualquier persona ajena al campo literario local: en 2004 Tabarovsky y su *Literatura de izquierda* provocan al exitosamente artificioso Martínez, quien se indigna y le responde al poco tiempo en *Un ejercicio de esgrima*; Patricio Pron

destruye a sus compañeros de la antología *La joven guardia* en una crónica sobre la gira de presentación del libro en Europa (2005); todas cuestiones que no parecen llegar a los talones de debates como los de Heker-Cortázar en el 80 o a los posicionamientos de Contorno en relación a Sur en los cincuentas.

En 2007 hemos visto a *Página 12* organizar un concurso literario como festejo de su vigésimo aniversario. La obra ganadora que eligen los jurados está tipeada a máquina. Por ese detalle y por su calidad literaria, en la redacción del diario sospechan que podría tratarse de una broma de Aira. Pero no. La ganadora del Premio de Nueva Novela *Página/12* con *Las primas* resulta ser Aurora Venturini, amiga de Eva Perón, exiliada en Europa después del golpe del 55, compañera de juergas de Sartre, Camus y Simone de Beauvoir, autora de más de treinta libros y portadora, en ese momento, de 85 años de edad. También hemos visto que cinco años después, la segunda edición del concurso es ganada por el joven Celso Lunghi con *Me verás volver*, un thriller gore del que por lo bajo no se habla bien y que rápidamente pasa al olvido.

Como uno de los coletazos del big bang que sufrió el país en 2001, hemos visto nacer a Eloísa Cartonera, una cooperativa de trabajo integrada por personas de bajos recursos que fabrican libros manualmente, y a Santiago Vega, convertirse en Washington Cucurto. La editorial y el personaje rápidamente se convierten en objeto de estudio de un sinfín de tesis, ponencias y monografías de los sectores académicos con sensibilidad social.

En los últimos cinco años, a la par del avance de la creencia en que si no se tematiza la política es algo que se puede ignorar, hemos visto una revalorización de lo autobiográfico, una revalorización que tiñó blogs, columnas en periódicos, revistas especializadas y sitios literarios. Una revalorización que se encorsetó en el remanido significativo "bitácora" y aterrizó en twitter transformada en hashtags pretendidamente recurrentes.

En 2008, y curiosamente más tarde que en el cine, hemos visto aparecer en la narrativa local una mancha temática inexorable: relatos de hijos de desaparecidos. Félix Bruzzone publica *76* y *Los Topos* y Laura Alcoba, *La casa de los conejos*. Mientras escribimos estas líneas,

llega a las librerías *Una muchacha muy bella*, de Julián López, *Pequeños Combatientes* de Raquel Robles y *¿Quién te crees queso?* de Ángela Urondo Raboy. *Cuerpos de papel* en búsqueda de justicia poética y de la otra.

En los últimos años hemos visto también a muchos jóvenes verdaderamente jóvenes de todo el país con potencia para narrar y construir mundos, con ansias de ser leídos y con fuerza para abrir espacios por afuera de cánones y snobismos, jóvenes verdaderamente jóvenes que merecen no ser encandilados por la impostura.

Hemos visto muchas cosas en el campo de la literatura nacional en los últimos 30 años. Ojalá que en los próximos podamos ver una literatura que se reencuentre con los lectores, que deje de morderse la cola y se independice verdaderamente de los medios hegemónicos en su búsqueda de legitimación. Ojalá que en los próximos años podamos ver una literatura argentina que comprenda profundamente que la política —la concepción sobre el poder, el imaginario de sujeto— es una dimensión presente en todo texto de ficción, no un tema que pueda hacerse a un lado o abordarse a través de clichés, prejuicios y estereotipos.